

## BIBLIOGRAFIA

LOUIS ANDRÉ. — *Historia económica desde los descubrimientos hasta nuestros días.* — Un vol de 16 × 23 cm. con 204 págs. — Editorial América. — México, 1940.

La traducción al español de la obra de Louis André, que encabeza esta nota, viene a llenar un vacío, en razón de existir una literatura muy reducida sobre esta materia. La editorial América presenta este trabajo como la continuación del que publicó anteriormente: "Historia Económica de la Antigüedad y Edad Media" por Leonello Cioli.

La obra de André es un excelente resumen. Comienza el libro con un cuadro descriptivo del comercio de Europa desde fines de la Edad Media, en Flandes, Inglaterra, Alemania e Italia; trata luego de la era de los grandes descubrimientos españoles y portugueses y de la aparición en el campo mercantil de Holanda, con sus célebres creaciones: las compañías de ultramar.

Son interesantes las páginas en que narra cómo gesta y adquiere Inglaterra el predominio económico mundial, que ejercerá en el siglo XVIII, el que se asienta y tiene como prolegómeno el siglo anterior, lleno de luchas y rivalidades con Francia, logrando a desmedro de esta nación, las sólidas bases de su gran imperio colonial.

Si los capítulos citados son tan sólo esquemas y resúmenes, no se puede decir lo mismo, cuando historia la economía francesa, la que trata más al detalle, y por consecuencia se desprende de estas páginas, un muy sugestivo sentido de evolución. En el correr sucesivo de años, vemos las finanzas y la agricultura impulsadas por Enrique IV y su notable ministro Sully. La época de Richelieu, con su vasta política extranjera y sus empréstitos forzosos. La seria y firme construcción de Colbert y los aciagos días de Low, cuando se empapele el mercado con un indefinido volumen de billetes.

Cuando estudia el aspecto doctrinario, pasa revista a los teóricos, primeros fundadores de la ciencia económica, como a la escuela fisiocrática y a Turgot, su decidido realizador. Luego analiza el período revolucionario, el napoleónico y la alborada de la gran industria, la que cristaliza a poco, con las vías férreas, la navegación a vapor y todo el maquinismo en acción, forjando así la estructura económica de la centuria XIX, tan diferente en ritmo, al sosegado y lento ciclo anterior, el sometido a la obra manual del artifice, bajo los rígidos moldes de las corporaciones.

Después de ocuparse de la política económica, que informan aquellas dos orientaciones pendulares: sistema proteccionista, seguido del librecambismo libe-

ral, para entrar de nuevo en un proteccionismo más acentuado a partir de 1870; dilucida el Autor con gran lujo de detalles, el gran proceso del imperalismo europeo, en su faz más típica: la expansión colonial.

El conocimiento geográfico de mercados y la política internacional de estos últimos años, son los tópicos finales de la obra de André. Esta materia la discrimina con amplísima versación, de allí que constituya tal vez, la parte más valiosa del libro.

*Manuel MOREYRA.*

*H. U. FAULKNER, T. KEPNER, H. BARTLETT.* — *Vida del Pueblo Norteamericano.* Versión española de *Ernestina de Champourcin.* — Un vol. de 15 × 20 cm., 405 págs. — Edic. Fondo de Cultura Económica. — Méjico, 1942.

Hace pocos meses que ha aparecido la edición castellana de esta obra. En ella se nos brinda la "biografía de un pueblo". En nuestro tiempo de inquietudes psicológicas habíamos tenido "biografías noveladas". Ahora se inicia la etapa de las "biografías colectivas". La intención es acertada. Pero cuidémonos del peligro capital: sacrificar el fondo en obsequio de la forma.

Una biografía es historia, toda vida es historia. Al leer esta obra, cuya elaboración ha sido dirigida por un historiador de renombre, H. U. Faulkner, vemos surgir todo el proceso evolutivo de esa gran entidad histórica que es el pueblo norteamericano. Ante nosotros aparecen las instituciones, se cristalizan las ilusiones, aumenta la población, dilátase el horizonte, trepidan las fábricas y álzanse las ciudades. A veces diríase que estamos ante una de las soñadoras páginas de las "Mil y una noches".

Fiel al propósito de sus autores, el libro no tiene solución de continuidad. A lo más ofrece matices variados de un único proceso vital. Los capítulos se suceden entrelazados y los nombres sugieren la idea principal.

Desde el momento en que nace Norteamérica hasta su prueba de fuego en la actualidad. Todo está contenido en esas cuatrocientas páginas. Como es natural, a veces hay que sacrificar la precisión del dato por la agilidad del estilo o la brevedad del espacio. Y de hecho han sido suprimidas la bibliografía y las notas explicativas.

"Los pueblos del mundo se reúnen en Norteamérica". Una ola incontenible de inmigración comienza a volcarse sobre las nuevas tierras. Intereses múltiples la empujan. Cual maná geográfico, esas tierras tienen para todos un acicate especial. Pero "los dueños de casa" llegan a temer por su propia seguridad y las restricciones se multiplican.

Surge así una paradoja: la tierra de la libertad restringe la libertad. Pero es que hasta los norteamericanos comprenden que por encima de ella están los intereses colectivos. Por eso, aunque las blancas velas del Mayflower simbolizaran la liberación, también vinieron con ellas "los derechos del hombre". Así es como se explica que todo un pueblo tenga por ideal la libertad y sin embargo imponga restricciones, no sólo inmigratorias sino también económicas y sociales, para amparar esos derechos esenciales.

La infancia del pueblo norteamericano fué la de un pueblo agricultor. Pero no del agricultor primitivo sino la del campesino occidental. "Lo que falta son brazos, ya que la tierra sobra" habia dicho un gran politico. Y así era efectivamente. La tierra se daba pródiga. En torno a la "granja" surgió la vida pujante y sana. La agricultura fué la ocupación predominante. Y el hombre se sintió ligado al suelo casi como a una divinidad tutelar: sin querer se evoca aquella Tierra a que alude con sentido panteísta, la heroína de "Lo que el viento se llevó".

De esa clase campesina van a salir los millonarios latifundistas del Sur. Pero saldrá también la "clase media", el hombre común que es el baluarte de la vida nacional. Mas el cultivo no era tarea capaz de satisfacer los sueños de aventura. El campesino ama la tierra pero sucumbe a ella. Y el americano tenía en el alma el gusanillo de la empresa. Y éste pudo más. Primero fué el lejano Oeste el que lo atrajo con el misterio de sus enigmas. Luego la sed del oro y por último el ansia de industrialización.

Quien sabe si fué sólo el espíritu transformador y progresista. O fué también la mala situación agrícola. Pero al fin, a comienzos del siglo XIX, una fiebre de industrialización se apodera del pueblo norteamericano. En un lapso que ha asombrado al mundo, los tranquilos campesinos se hacen empresarios. Por doquiera se multiplican las ciudades; las fábricas alzan sus penachos grises y el campo se queda sin gentes porque todos se van a las ciudades. Lo que ocurre después ya lo sabemos. Es la eterna historia. Pero una historia que, aunque amarga, nos afanamos siempre en repetir. De "cada ocho familias hay siete que ya no viven de la agricultura y con ello hay muchos obreros que afrontan terribles situaciones". Cunde el descontento, se multiplican las huelgas y aparece la "cuestión social". Estados Unidos nos ofrece, con todas sus facetas la trágica historia de la industrialización. Es la leyenda de Krankestein que se repite.

Pero el optimismo triunfa sobre las dificultades. La fé en un destino futuro hace que el pueblo se levante. Cree en sus políticos porque ellos han creído en Estados Unidos. Y aunque a veces la política haya corrompido a los hombres, el "método de los despojos" sólo ha sido pasajero. Allí están Washington, Hamilton y Jefferson para decir al mundo que "al otro lado del Atlántico" hay hombres que saben conducir los destinos de su pueblo.

Sin embargo hay un virus que sigue actuando. La técnica está matando lentamente al pueblo norteamericano. Hace poco tiempo un escritor, norteamericano también, Waldo Franck lo confesaba en un artículo publicado bajo el nombre "Los dos medios mundos de América". Contra eso, Estados Unidos tiene todavía mucho por luchar.

Otro aspecto interesante en la vida de ese pueblo está en su política internacional. Washington había aconsejado no intervenir en los asuntos europeos. Pero parece que Europa insistió siempre en que Estados Unidos interviniera. Por eso Madison y Wilson no consiguieron mantener la neutralidad. Y lo más que se hizo fué proclamar la doctrina de Monroe, levantando así una "cerca en torno de América".

La "doctrina de Monroe proclamó que América era para los americanos", y al poco tiempo se comenzó a aplicar esa política en Méjico y Venezuela. Siempre que un país europeo quiso poner sus soldados en tierras de América, Estados Unidos se adelantó y los puso primero.

Cuando se trató de proteger el Canal de Panamá, Estados Unidos amplió los alcances de la doctrina de Monroe y tomó el canal bajo su protección. Cuando quedaba todavía una potencia europea en tierras de América: España mantenía su influencia en Cuba. Después de sacarla de allí "los intereses comerciales norteamericanos hallaron nuevas oportunidades de ganancia en el Caribe". Y de ese modo el capital que financiaba las industrias de Hispano-América no fué ya europeo sino norteamericano.

Teodoro Roosevelt "protegió las inversiones norteamericanas ensanchando la doctrina de Monroe" y así el imperialismo "prosperó en Cuba". De allí los Estados Unidos "ampliaron sus intereses a la América latina".

Todos estos pasos están claramente expuestos en el libro que comentamos y las frases entre comillas son originales del texto. Estados Unidos se muestra cada vez más deseoso de acercarse a la América española. "Por eso da media vuelta y adopta la política del buen vecino". Se entabla relaciones con países del Pacífico y los comerciantes americanos tienen nuevas rutas para sus naves.

Cuando se hace necesario, Estados Unidos avanza también hacia el Oriente Lejano. Y las Filipinas pasan a ser una propiedad de los Estados Unidos, con lo que aumenta "el poder y la responsabilidad" de ese país.

Así las cosas, la "guerra mundial asesta un rudo golpe a las esperanzas de paz del mundo". Y por segunda vez el pueblo norteamericano se ve arrastrado a una guerra que hubiera querido evitar. Ahora, mientras los cañones retumban en los campos de batalla, el pueblo norteamericano se vuelve sobre sí mismo y medita. Piensa en su propio destino y en su vida futura. "El futuro de Norteamérica — dicen nuestros autores — descansa sobre las costumbres democráticas". ¿Conseguirá Norteamérica defender su patrimonio democrático contra el peligro de una revolución comunista? El tiempo lo dirá.

*J. Teófilo IBARRA SAMANEZ.*